

que hayan legado á la curiosidad de las futuras generaciones la naturaleza en sus grandes creaciones y los hombres en su presunción y vanidad. En Palmira la naturaleza, por su misma inmensidad, por su ilimitado horizonte, en cuyo espacio aparecen como perdidas algunos centenares de columnas, amengua en parte los humanos esfuerzos; aquí, por el contrario, diríase que se ha complacido en poner su magnificencia al servicio de obras que luchan no sin ventaja con ella, en armonizar el vigor y la originalidad de su estructura con la grandiosidad y las variadas líneas de aquellos monumentos de los hombres. Quien por primera vez lo contempla, no sabe si es más digna de su admiración la primera por aquellas gigantescas peñas, majestuosas por su forma y color, ó los segundos que se atrevieron, en medio de tan solemne paisaje, á hacer ostentación de los productos de su ingenio.»

Entre el mar Muerto y el golfo oriental del mar Rojo, ó sea, el golfo de Akabah, extiéndese la dilatada vega por nombre Ued-Arabah, de ciento ochenta kilómetros de largo por dieciséis de ancho, limitada por altos y escarpados montes, y el terreno que insensiblemente se alza á partir desde el mar Muerto llega á tener grande altura. Desde allí se divisa el desierto de Tih, por donde peregrinó el pueblo hebreo muchos años, el antiguo Negeb y la parte meridional de Palestina. Los montes que allí se divisan son unos calcáreos, y otros de pedernal, granito y pórfido.

En aquella cordillera se encuentra la famosa Edom, contraste feliz por su tierra feraz y abundante con la aridez de los desiertos que la circuyen. ¡Lástima grande que impere allí la anarquía! Con un poco de administración aquellos collados esmaltados todavía de flores en primavera adquirirían la feracidad perdida. La imagen de su desolación es el cumplimiento de los vaticinios proféticos. La tierra de Edom se divide en dos distritos separados por el valle El-Rhueir: el del norte se llama El-Djebal, y el del sud lleva por nombre Ech-Cherach, ó sea, el Seir de los Sagrados Libros.

El nombre de Seir era el de uno de los príncipes de los antiguos habitantes de aquellas montañas llamado Horiens. Esaú pactó con ellos alianzas, pero sus descendientes se hicieron más tarde los únicos dueños. Entonces el sobrenombre de Esaú, Edom, vino á ser el nombre principal de todo el país; fué también dado al mar más próximo, que, llamándose desde luego en hebreo el mar de Suf ó del Junco, fué llamado después mar de Edom, mar Idumeo, en griego, mar Eritreo, en latín, mar Rajo. Así opina un historiador. Strabón, Plinio, Pomponio, Mela y otros antiguos autores, cuentan que este mar no fué llamado

así á causa de cierto color rojizo que en él se nota, sino de un gran rey llamado Eritreo, cuyos estados estaban situados á lo largo de sus costas. Ahora bien; Eritrus significa en griego lo que Edom significa en las lenguas fenicia y hebrea, á saber: *rojo*; lo que indica evidentemente que este rey Eritreo no era otro que Esaú ó Edom: habiendo éste establecido en su posteridad en aquella comarca: fué llamada el país de Edom, ó con la terminación griega, el Idumeo y el mar que la bañaba, mar de Edom, y por el desprecio de los griegos, mar Eritreo ó mar Rojo, nombre que lleva aún. Había dos puertos célebres, Elath y Asiongaber, por donde se hacía el comercio de la Fenicia y de la Arabia con la India. A los indios les era un camino fácil para conocer, no sólo los perfumes de la Arabia, sino una cosa más preciosa todavía, la sabiduría de los idumeos. Porque los descendientes de Esaú se distinguieron entre todos los orientales, no sólo por su valor guerrero, sino también por un gran renombre de sabiduría y prudencia, de cuyo renombre no eran indignos, dígalo sinó el patriarca Job.

El distrito El-Djebal entre otras aldeas contiene las de Tofileh y El-Buseirah.

Al Djebel-ech-Cherach pertenecen Chubek ó Kerak-ech-Chobek, Petrar, Maan, y Akabah, descrita antes.

Los habitantes de Maan y Manaau no viven más que del provecho que sacan hospedando á los peregrinos de la Meca. La ciudad está dividida en dos barrios, situados cada uno en una colina distinta y que por cierto han menudeado las guerras entre ellos. Sigamos unos momentos á los discípulos de Mahoma, pues á más de convencernos de su fanatismo extravagante, conoceremos algunos países limítrofes al de nuestro objeto.

El país frecuentado únicamente por los citados peregrinos, de esterilidad deplorable, es el conocido con el nombre de Hedjar. En su centro, entre pequeños fértiles oasis se encuentra Tabuk ó Tabihak, y luego Hadjar, cuyos habitantes se han formado habitaciones en las rocas, y seguidamente algunas otras aldeas de muy poca importancia.

Dejaremos á la derecha la costa, en que se encuentran, según algunos, los restos de Madián ó Midián, llamada también Madajin, de Haura y de algunos otros lugares; y á la izquierda visitaremos á Medina. Esta ciudad, que en árabe toma el nombre de Medinet-el-Nabi, es decir, ciudad del Profeta, pasa por ser la atigua Yatripa, en la que se refugió Mahoma para escapar de las persecuciones de sus enemigos, desde cuya época llamada huida ó *hegira*, cuentan los árabes el principio de la era mahometana. Medina está situada en un valle regado por un

arroyo llamado las Fuentes Azules, *Aiun-Zarkeh*: tiene delante un arrabal y se halla defendida por un fuerte y una muralla que le dan la importancia de ciudad principal de Hedjar. Entrase en ella por tres muy hermosas puertas y su población se compone de unos ocho mil habitantes, que hospedan á los peregrinos y viven solamente de lo que éstos gastan en ella: es una de las ciudades mejor construídas del Oriente; sus casas son de piedra y algunas de sus principales calles están empedradas. Las dos calles más importantes son la que va desde la puerta del Cairo á la gran mezquita y la que conduce desde la mezquita á la puerta de Siria, y son las únicas que tienen tiendas. Bajo este punto de vista, Medina no se parece á la Meca, que es, por decirlo así, un mercado continuo; la gran mezquita es el único edificio público; los arrabales ocupan mayor extensión que la misma ciudad y están separados de ella por un espacio vacío angosto al Sud, y que se ensancha hacia el Oeste, delante de la puerta del Cairo, en donde forma una vasta plaza pública, llamada Monakh, nombre que indica que las caravanas hacen alto en ella. Una de las dos mezquitas del Monakh, llamada Mesdjed-Ali, remonta, según se cuenta, á los tiempos del primo del profeta. Medina y sus arrabales están provistos de agua por un hermoso canal subterráneo, que empieza en la aldea de Koba á tres kilómetros al Sud, y además los arrabales están regados por un considerable torrente que se atraviesa por un bello puente de piedra, en el barrio de Ambarich.

Medina posee dos ó tres mezquitas y treinta *medrepehs* ó escuelas: en esta ciudad murió Mahoma y la mezquita fundada por éste es objeto de veneración casi igual á la que se presta á la Meca, porque encierra su tumba, que es extremadamente sencilla. Los peregrinos no están obligados á visitar la tumba del profeta. El templo de Medina llamado el Haram, como el de la Meca, es uno de los más antiguos que posee el islamismo, llámasele con más frecuencia Mesd-jed-el-Nabi; es más pequeño que el de la Meca, pero de construcción semejante. Consiste en una gran sala cuadrada, rodeada por todas partes de galerías cubiertas y en cuyo centro hay un pequeño edificio; las columnas que forman estas galerías ofrecen la mayor irregularidad y no todas tienen las mismas dimensiones, no pudiéndose encontrar dos que tengan semejanza alguna: carecen de zócalo y sus bases se apoyan directamente en el suelo. Estas columnas son de piedra y están revestidas de pinturas groseras, representando flores y arabescos; junto al ángulo del Sudoeste se encuentra el sepulcro de Mahoma.

La fábula esparcida por Europa de que el ataúd del legislador árabe

está suspendido en el aire, no ha nacido en Oriente. El ataúd está encerrado en un edificio cuadrado, construído con piedras negras y sostenido por dos columnas: junto al de Mahoma están los sepulcros de sus dos discípulos y sucesores; pero el del profeta, el mayor de los tres, está colocado en primer lugar, luego el de Abu-Beker y últimamente el de Omán. Están cubiertos de preciosas alfombras y en forma de catafalco, como el de Abraham en la gran mezquita de la Meca. Los historiadores árabes pretenden que el ataúd que encierra las cenizas de Mahoma se halla revestido de plata. Su tumba se halla circuída por una verja de hierro de un trabajo en extremo bello y exquisito, imitando la filigrana, entrelazada con inscripciones de cobre que los árabes pretenden ser de oro; el circuito formado por dicho enverjado, presenta un espacio irregular de unos veinte pasos cuadrados, al que se penetra por cuatro puertas, tres de las cuales permanecen constantemente cerradas.

La Hedjira, lugar que contiene el sepulcro y el tesoro de la mezquita, son considerables antes del pillaje de que fué objeto por parte de los wahabitas, se halla coronada por una hermosa cúpula, que se eleva sobre todas las de las galerías y se divisa desde gran distancia; dicha cúpula está cubierta de plomo y en su parte superior sostiene un globo y una media luna dorada de grandes dimensiones.

Los peregrinos que visitan Medina vienen casi todos de Siria, pues los demás mahometanos se contentan con enviar á dicha ciudad ricos presentes, por medio de los cuales solicitan oraciones. Tales son las noticias que se tienen acerca de esta ciudad, conocida entre los sectarios de Mahoma, bajo veinticinco distintos nombres, el más inmerecido de los cuales es el de Ciudad resplandeciente, *Medineh-munevere*.

Entre los lugares que los peregrinos visitan en los alrededores de Medina, citaremos, ateniéndonos á lo que dice Bur-Kart, el monte Ohod, en donde se encuentra la tumba de Hamzé, tío de Mahoma, la aldea de Koba, rodeada de vergeles y jardines, que surten á Medina de limones, naranjas, granadas, bananas, albérdrigos, albaricoques, uvas é higos; y en medio de los árboles frutales que hay en ellos, se eleva una mezquita muy bella, rodeada de un grupo de unas cuarenta casas.

Los habitantes de Medina son, en su mayor parte, extranjeros establecidos en aquella ciudad, no pasándose ningún año sin que vayan á establecerse en ella un número bastante crecido de peregrinos. Todos visten el traje turco, y los arrabales están poblados de beduinos. La ciudad de Medina es quizás la única de Oriente de la cual se hallan ex-

cluidos los perros, ocupándose cada año los individuos de policía en arrojar á los que hayan podido introducirse en ella.

Medina, que depende de la Arabia otomana, está gobernada por un comandante militar que lleva el título de *agá*; la autoridad religiosa y administrativa está confiada al *aga-el-haram*, que tienen á su servicio apenas un centenar de soldados. El personaje más importante después de estos funcionarios, es el *kadi*, gozando también de una gran consideración el *sadat* ó jefe de los cherifes.

Yambo-el-Bar es el puerto de Medina, en el cual pueden fondear las fragatas de mayor porte, á pesar de que su entrada es difícil, á causa de los innumerables arrecifes de coral que la obstruyen. La ciudad que contiene de unas cinco á seis mil almas, está construida sobre la costa septentrional de una bahía profunda y tiene dos murallas, una de las cuales circuye el barrio central y la otra el exterior. La mayor parte de las casas tienen solamente piso bajo, y los edificios públicos son únicamente tres ó cuatro mezquitas, la casa del gobernador y algunos *kaus* medio arruinados. Yambo corresponde perfectamente, por la posición astronómica, al *Tambiaricus* de Ptolomeo. Las personas acomodadas de Yambo tienen quintas de recreo en un fértil valle llamado Yambo-el-Nakel, Kara-Yambo ó Yambo-el-Ber, situado á veinticinco ó treinta kilómetros, en el centro de las montañas; tiene unos cincuenta kilómetros de largo, conteniendo tan sólo una docena de pequeñas aldeas.

El camino de Medina á la Meca atraviesa el valle de El-Szafra, cerca de la población de este nombre, donde paran las caravanas. Esta aldea está habitada por beduinos de la tribu de Beni-Salem; el valle es estrecho y está bañado por las aguas de un arroyo que la fertilizan, siendo célebre en todo el Hedjar por sus palmeras y por el gran número de dátiles que producen. En las montañas cercanas y principalmente en las llamadas Djebel-Sobh, crece el árbol que da el bálsamo de la Meca, llamado *beschem* por los árabes, que se eleva á cuatro ó cinco metros de altura, y produce dos clases de resina, una blanca y otra un poco amarilla. Hay dos modos de conocer si esta substancia es pura: el primero consiste en mojar con ella el dedo y poner éste al fuego; si la resina quema sin causar daño ó sin dejar señal en el dedo, es buena. El segundo medio consiste en dejar caer una gota en un vaso lleno de agua, pudiendo calificarse de pura si se coagula y se precipita al fondo del vaso.

Todo el terreno de la ciudad de la Meca es considerado sagrado, y la ciudad, antigua capital de la Arabia, es conocida bajo un número tan considerable de nombres entre los mahometanos, que ha podido formar-

se un regular volumen con la colección de los mismos: entre los griegos la conocían con el nombre de *Macoraba*, la terminación de la cual indica su grandeza, que, á pesar de todo, en sus tiempos más florecientes, no llegó á la cuarta parte de París. Su suelo no es más que una roca estéril y aun el agua del pozo sagrado de Zemzan es amarga y salada; los pastos están muy apartados de la ciudad, á la cual llevan la fruta de los jardines de Tayef, situados en un paraje montañoso, donde se experimentan heladas aún durante los rigores del verano. El valor de los koreischitas que reinaron en la Meca los hizo célebres entre los árabes; su suelo rechaza los trabajos de la agricultura. Su posición, en cambio, era favorable á las empresas comerciales por el puerto de Gedda á Djeddah, que no distaba más de sesenta y cinco kilómetros; siendo posible mantener una correspondencia fácil con la Abisinia. Los tesoros de Africa eran transportados á través de la península hasta el El-Katif, en la provincia de Hadjar, y embarcados en balsas con las perlas del golfo Pérsico, llegaban á la desembocadura del Eufrates. La Meca está colocada á una distancia casi igual, á unas treinta jornadas, á la derecha del Yemen, y de Siria á la izquierda. Las caravanas de la Arabia pasan la estación del invierno en el primero de estos países y en la segunda la del verano: el placer de verlas llegar consolaba un tanto á los navegantes de la India del enojoso y pesado camino del mar Rojo. Los camellos de los koreischitas eran cargados con preciosos perfumes en los mercados de Saua y de Merab ó en los puertos de Omán y de Adén, procurándose además granos y objetos manufacturados en las ferias de Bostra y de Damasco.

Pero el comercio ha cambiado de camino, y la Meca, cuya población no pasaba de diez mil almas cuando Ali-Bey la visitó, y que en la actualidad tiene, al parecer, más de treinta y cuatro mil almas, no subsiste más que por la afluencia de los peregrinos que van á rendir homenaje de veneración á la santa *kaaba*, principal monumento de los mahometanos. Obsérvanse todavía en la población muchos barrios abandonados ó convertidos en ruinas, desde que fué tomada por los wahabitas á principios de este siglo.

El principal edificio de esta ciudad santa de los musulmanes es la gran mezquita llamada Beithu-illah, *casa de Dios*, ó El-Haram, que contiene la *kaaba* ó *casa santa*, adornada en su parte exterior con siete minaretes distribuidos muy desigualmente. Penétrase primero en un patio de doscientos cincuenta pasos de largo por doscientos de ancho, rodeado al Este por cuatro líneas de columnas y por tres en los demás lados, cuyas columnas están unidas por arcos ojivales, de los cuales

cuelgan lámparas que en parte se encienden durante la noche y todas durante la del ramadhan. Sobre esta columnata se elevan pequeñas cúpulas, cuyo número se hace subir hasta ciento cincuenta y dos. Las columnas tienen una altura de seis metros y son unas de mármol blanco, otras de granito ó de pórfido, y la mayor parte de piedra. Entre las quinientas columnas de las galerías que adornan el circuito de la mezquita, no hay ninguna cuyas bases y capiteles sean exactamente parecidos. Algunas llevan inscripciones árabes ó cúficas. Por la parte interior del gran muro que contiene las galerías, léense los nombres de Mahoma, Abu-Beker, Omán, Othmán y Ali, viéndose el de Alah escrito en grandes caracteres en gran número de sitios, y por la parte exterior, sobre las puertas, los nombres de los que las han construido escritos en caracteres *sduth*. Entrase en la mezquita por diecisiete puertas, distribuidas con gran irregularidad al rededor de su recinto.

Casi en el centro del patio de la mezquita se eleva la kaaba, situada á ciento quince pasos de la columnata del Norte y á ochenta y ocho de la del Sud, conduciendo á ella siete galerías suficientemente anchas para que puedan pasar por ella cuatro ó cinco personas de frente. Está colocada la kaaba sobre una base de sesenta y cinco centímetros de altura que forma una pendiente sumamente inclinada, y su techo plano y la regularidad de sus fachadas le dan el aspecto de un perfecto cubo. La única puerta por donde se entra en ella está situada en el lado del Norte, y fué llevada allí desde Constantinopla en 1633, estando enteramente cubierta de plata y adornada con diferentes dorados.

El edificio debe su nombre á su forma cuadrada: tiene sólo nueve metros de ancho por doce de alto, y está enteramente cubierto de una gran colgadura de seda negra que se renueva cada año, y en la cual se halla bordada en oro la profesión de fe de los musulmanes: «No hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta»; cuya tapicería, sujeta tan sólo por algunos cordones, que no impiden al viento hacerla ondear suavemente, da al movimiento un aspecto singular en extremo majestuoso. En el ángulo del nordeste de la kaaba y cerca de la puerta, está empotrada la célebre piedra negra á metro y medio sobre el nivel del suelo del patio: es de una forma oval, irregular y de un diámetro de unos veinte y dos centímetros, á pesar de que antiguamente era mayor; su superficie ha sido bruñida y aun gastada por los besos y roce de tantos millones de peregrinos. Su superficie ondulada, que demuestra ser la reunión de doce pequeñas piedras desiguales unidas por un cemento; su apariencia, que es la de una especie de lava, son causas bastantes para que los musulmanes crean que es una piedra caída del

cielo y traída á la tierra por el ángel S. Gabriel, habiendo servido de asiento á Abraham durante la construcción de la kaaba.

En el ángulo sudoeste del edificio se ve otra piedra, colocada casi á la misma altura que la piedra negra anterior, del color blanco y de la misma caliza que la que se usa en la Meca para las construcciones: tiene cincuenta centímetros de largó y seis de ancho, y está colocada perpendicularmente en la pared, contentándose los peregrinos con tocarla con la mano derecha.

En el lado septentrional de la kaaba, muy cerca de la pared, hay una sepultura llamada El-Maagen, revestida de mármol y suficientemente grande para que puedan sentarse tres personas. Tiénese como muy meritorio rezar en ella las oraciones, puesto que es considerada como aquella en la cual Abraham y su hijo Ismael amasaban la argamasa que se empleó en la construcción de la kaaba.

En el lado occidental, á dos pies debajo del remate, se encuentra el famoso *mizab*, ó sea la gotera por donde mana el agua de la lluvia que cae del techo: tiene un metro y veinte centímetros de largo por dieciocho centímetros de ancho, y se cree que es de oro macizo. Debajo del mizab, al rededor de la kaaba, el pavimento es de un hermoso mosaico de piedras coloreadas, y en el centro se encuentran dos grandes baldosas de un hermoso verde antiguo, debajo de las cuales pretenden los musulmanes que están enterrados Ismael y su madre Agar. Los peregrinos van á prosternarse ante ellas dos veces y á hacer allí sus plegarias. El resto del pavimento que rodea la kaaba es de mármol, y está circuido de una balaustrada de bronce dorado, de la cual penden siete lámparas que se encienden al ponerse el sol. El suelo arenoso del patio y una parte del pavimento exterior de la kaaba son durante el rezo cubiertos de tapices de veinticinco metros de largo por uno de ancho.

Frente de los cuatro costados de la kaaba se elevan cuatro pequeños edificios, donde se colocan los imanes de los cuatro ritos musulmanes y dirigen las oraciones de su comunidad. Debajo de la columnata del patio de la mezquita hay distintas escuelas públicas para los niños, consistentes en una sola pieza que no recibe luz más que por la puerta, y cuyo techo está sostenido por dos columnas. El cielo raso y las paredes, hasta la altura de más de un metro y medio sobre el suelo, están cubiertos de colgaduras de seda encarnada, ricamente adornadas con bordados de plata que representan flores y diferentes inscripciones. Debajo de las colgaduras las paredes y el suelo están cubiertos de baldosas de mármol de distintos colores, habiendo también un gran número de